

Presentación

Cumplidos 12 años del nacimiento de *Historiografías*, no es esta la primera vez que iniciamos la presentación condoliéndonos por el fallecimiento de una de las personas que vienen colaborando con nosotros. Apenas nos hemos repuesto de la impresión que nos causó el inesperado óbito, el pasado 31 de agosto, de la profesora Marie-Claude Chaput, catedrática emérita de la Universidad París Ouest Nanterre La Défense (Francia), quien formaba parte del consejo científico. Marie-Claude era una afamada hispanista que había contribuido de modo sobresaliente a mantener viva la llama de esta especialidad en el país vecino en la mejor tradición de los estudios de historia contemporánea, la que inaugurara el profesor Manuel Tuñón de Lara allá por las décadas de 1960 y 1970 en su exilio de la Universidad de Pau.

Sobreponiéndonos a este sentimiento, en este número –que hace el 24– nos complace presentar un abanico de artículos y reseñas que siguen la estela de algunos de los temas principales de las actuales historiografía y teoría cultural. Así, la historia transnacional y global, las representaciones del pasado, las identidades, la epistemología histórica y la historia de las ideas políticas son los asuntos que ocupan las páginas de esta entrega. Pero permítasenos, antes de pasar a su comentario, una reflexión a propósito de algunas cuestiones que se suscitan en ellos, como dicta nuestra costumbre de acompañar de meditaciones a cada presentación, en este caso sobre las actuales maneras de estudiar el pasado.

No hay duda de que las últimas décadas se han visto enriquecidas por la presencia de una plétora de temas históricos e historiográficos difíciles de imaginar poco tiempo antes. La escritura y las agendas de la historia, modernamente, siempre han estado presididas por la ley inexorable del cambio, pues de otra manera no podrían cumplir con el cometido de memoria cultural y estudio científico que la sociedad les demanda. En los últimos decenios, apresurado ese cambio dentro o como signo de la llamada globalización, y corroborado con la extensión de la cultura de masas a todo el orbe, las líneas recientes del estudio histórico han experimentado una diversificación que solo cabe calificar de extraordinaria. El mismo término “historia global” parece haberse difundido para referirse a la búsqueda de lo que esa pluralidad puede compartir, ya sean los modos de representar las temporalidades, los espacios (geográfico, público, cultural, virtual, etc.), la historia de las identidades y las culturas, el mundo digital, o todos ellos a un tiempo.

Hasta aquí, nada que objetar: la historia de la reciente historiografía debería consistir en el estudio de los logros de la actual comunidad de historiadores e historiadoras emanada de ese mundo global, cada vez más diversa, interconectada y sofisticada. Pero en este punto surgen reparos inevitables relacionados con dicho contexto; de él solo apuntaremos cuatro aspectos que la teoría social y cultural y la epistemología debaten en la actualidad.

El primero: un número creciente de estudiosos convienen en que las tecnologías de la información y la comunicación y las redes sociales no constituyen simplemente la puerta de entrada al santuario de la libertad de expresión y de comunicación que se nos viene pregonando. No pueden serlo –aseguran– desde el momento en que tales

instrumentos, transformados en industria de masas, son los mismos que marcan las pautas de cómo debemos interactuar, y que tratan de influir en los contenidos digitales que elegimos (el profesor José Carlos Bermejo lo comenta acertadamente en su artículo).

Otro aspecto, en este caso relacionado con la llamada ideología de la “memoria histórica”: después de varias décadas, esta se ha extendido hasta abarcar una fenomenología tan abigarrada –testimonios, políticas, legislaciones, decisiones judiciales, identidades, asociaciones, industrias, etc.– que su relación con la democracia, que se da con frecuencia por sobreentendida, merece cuando menos una profunda reflexión. El examen de sus aspectos más controvertidos ha merecido de hecho mucha menos atención debido a esa invocada complicidad, pero el tema despierta inevitables preguntas que interesan a los historiadores. Por ejemplo, sobre el carácter selectivo del relato memorial; o sobre sus relaciones con el olvido, habida cuenta de que la historia de las sociedades demuestra que recuerdo y olvido no son categorías antitéticas; o sobre el alcance de las leyes memoriales y cómo estas pueden afectar a la libertad de los investigadores y docentes.

Un tercer aspecto: la proliferación de toda clase de reclamaciones identitarias tampoco es forzosamente un símbolo de libertad; puede más bien significar lo contrario, sobre todo en la cultura actual donde la frontera entre lo real y lo imaginado parece haberse difuminado. Finalmente, un asunto directamente relacionado con la política: resulta cada vez más visible que hoy el mundo no se divide solo en dictaduras y democracias; ha ido emergiendo una tercera categoría, objeto de debate en la actualidad, que algunos especialistas llaman “las democraduras” –equivalentes a las “democracias iliberales” y los “regímenes híbridos” que maneja el conocido *Democracy Index*– esto es, democracias solo formales, en las que la división de poderes y la libertad de expresión se han degradado ahogadas por la intervención autoritaria de los gobiernos y/o el visto bueno de los llamados populismos.

Hoy, imperativos de esas industrias de la red y la cultura, de la multiplicación de identidades *ad infinitum* y de las ideologías populistas, hacen que la ley de lo “políticamente correcto”, los tabúes y la llamada “cultura de la cancelación” no sean hechos aislados en Occidente, sino que actúen como una lluvia fina que va paulatinamente restringiendo y conculcando el ejercicio de los derechos ciudadanos, viciando la discusión intelectual e incluso haciendo sospechosa la libre expresión artística.

La propia multiplicación de corrientes historiográficas hoy no es algo ajeno a estos rasgos de la globalización. Algunas de las agendas políticas específicas, que buscaban en los decenios de 1960 a 1980 la exteriorización de colectivos marginados y la sensibilización hacia asuntos que incumben a toda la humanidad, alumbraron valiosos temas y formas de escribir historia para mejor entender el pasado, el presente y disponer el futuro. Sin embargo, a la luz de las citadas servidumbres del mundo global, cabe formularse la siguiente pregunta: vistas las derivas de tales políticas y sus efectos culturales, ¿no sería el momento de un amplio debate y/o análisis sobre los pros y los contras de tales formas de la historiografía? Formulada de otro modo: ¿no merecería la pena examinar a fondo qué es lo que tienen de política y de retórica, actualmente, las llamadas “nuevas historias”? No pretendemos con este interrogante apuntarnos ningún

descubrimiento, porque los mejores estudios de historiografía y teoría ya se aplican a esa tarea y combinan la descripción de corrientes con su examen crítico; pero sí recordar esto: lo novedoso únicamente se convierte en una mejora del conocimiento en el medio y en el largo plazo cuando se enfrenta a sus paradojas. Como escribió con humor inglés el historiador Edward H. Carr, “cuando leas un libro de historia, estate atento al ruido de fondo. Si no eres capaz de detectar ninguno, o no tienes oído musical o tu historiador es un muermo”.

Los artículos de la sección “Historia y teoría” los iniciamos con “Memorias poscomunistas, entre lo nacional y lo transnacional: enfoques historiográficos y paisajes simbólicos”, del profesor de la Universidad Complutense de Madrid (España), José Carlos Rueda Laffond. En este texto el estudioso hallará interesantes ejemplos y datos de las políticas y relatos memoriales que los antiguos países de la Europa comunista y de algunas exrepúblicas soviéticas han venido aplicando o cultivando en las tres últimas décadas. Se incluyen en esas situaciones la llamada “criminalización del comunismo”, la proclamación de “concomitancias” entre los fascismos y los comunismos, el desarrollo de memorias “fragmentadas” y la aparición de formas de nostalgia política tales como la “yugonostalgia” y la “titostalgia” en los países balcánicos. De todo ello el autor da cumplida cuenta en la primera parte de este documentado artículo, que añade una segunda parte donde examina el uso de motivos religiosos. Estamos por tanto ante unas políticas de la memoria en tiempos de cambio, cuyo cometido principal fue la obligada construcción de contra-relatos transnacionales y anticomunistas que otorgasen legitimidad a los nuevos regímenes y países, todos ellos en procesos de transición política tras la caída del Muro de Berlín. Pero esas memorias han tenido –subraya el autor– un interesante rasgo que las ha hecho altamente efectivas: su “carácter multidireccional”, su capacidad de ser procesos de “ida y vuelta”, su tendencia a transitar de lo local y nacional a lo transnacional, y viceversa. En nuestra opinión, esta adaptabilidad no es solo un rasgo de las memorias poscomunistas; es un atributo de la política y la cultura de masas en general, y su investigación, un reto para una reflexión en profundidad sobre el concepto de historia global.

El artículo del profesor Rueda Laffond deja paso a dos estudios de epistemología de la historiografía. Uno en el que predomina la discusión historiográfica, “Los pasos perdidos de la Historia de las Ideas Políticas de la Modernidad, ¿es quimérica la interdisciplinariedad?”, del profesor Eduardo Fernández García de la Universidad Pontificia de Salamanca (España). El otro, más del gusto filosófico, responde al título de “Ciencia, científicos y verdad: los aportes de la hermenéutica de Hans-Georg Gadamer y de la conceptualización de Max Weber a la historia de la ciencia”, y su autor es el profesor de la Universidad Pontificia Católica de Chile, Felipe Trujillo Bilbao. Comencemos por este último.

Desde el punto de vista de la teoría historiográfica, la hermenéutica se puede considerar el corazón de la llamada “concepción alemana de la historia”, esto es, una tradición y disciplina que embarcó a destacados filósofos e historiadores, de aquella parte de Europa durante el siglo XIX y parte del XX, en la tarea de dar respuesta en términos circulares a una pregunta que viene a constituir el “nudo gordiano” del saber histórico. La pregunta, de esa manera formulada, es: ¿por qué razón el sujeto cognoscente, entendido este como un yo con fines propios, está capacitado para entender los textos, las instituciones, y los acontecimientos y personajes del pasado

dotados igualmente de personalidad, propósitos y fines propios? Traducido a un planteamiento más moderno: la investigación histórica, ¿cómo puede tener la seguridad incuestionable de que arroja luz o verdad sobre pasados y sociedades cuyos vínculos con el presente se han debilitado o desaparecido? En la tradición alemana, ese interrogante atrajo la atención de no pocos autores, desde el teólogo y filólogo “romántico” Friedrich Schleiermacher, a comienzos del siglo XIX, hasta su más ilustre estudioso en el XX, el filósofo marburgués Hans-Georg Gadamer con su monumental *Verdad y método* (1960). Sus más destacados historiadores también se sintieron obligados a entrar en el debate en algún momento. Johann Gustav Droysen, por ejemplo, en su *Resumen de Histórica* (cursos impartidos en las universidades de Jena y Berlín publicados en 1857-1858 y 1888 –este en versión ampliada–) afirmó que el fundamento de la investigación sobre el pasado residía en la existencia de una “cogencialidad” dentro del mundo moral o “espíritu humano”. Esta cualidad era la que permitía al sujeto identificarse con la totalidad de lo social de la que formaba parte y, de ese modo, captar el “espíritu de la época” objeto de su interés. Por lo mismo, dicha cualidad convertía a la “comprensión” en el *quid* de la indagación histórica; o, dicho con la fórmula que el propio Droysen acuñó, hacía del estudio histórico un “comprender investigando” (*Forschend zu Verstehen*).

El artículo del profesor Trujillo es un examen de la aportación del padre de la moderna hermenéutica, Hans-Georg Gadamer, al citado debate, en este caso para resaltar sus posibilidades para la historia de la ciencia, entendida en un sentido amplio. *Verdad y método* incluye, como es sabido, una profunda crítica de la tesis tradicional de la “comprensión”, entendida esta como manifestación innata de la trascendencia de la esfera moral y del conocimiento humanístico. Como muestra Trujillo en la primera parte de su artículo, en Gadamer esta crítica vino acompañada de una refundación y desarrollo de la hermenéutica en numerosas direcciones, ya subrayando el carácter participativo o intersubjetivo del acto de la comprensión histórica, ya ampliándolo hasta abarcar a los efectos de los fenómenos históricos objeto de su interés, ya estudiando cómo influye en él la “distancia histórica” o temporal. Para mejor reivindicar esta nueva hermenéutica, el artículo de Trujillo cuenta, además, con una segunda parte en la que se remonta a las reflexiones epistemológicas que publicó Max Weber varias décadas antes que Gadamer, a comienzos del siglo XX. Desde muy temprano, Weber fue consciente de las limitaciones que acarreaban las teorías “subjetivistas” y circulares del conocimiento histórico vigentes en la Alemania de su época. Sus estudios sobre las religiones mundiales y su influencia en los sistemas económicos le obligaban a establecer conceptualizaciones; más aún, a buscar alguna fórmula para construir conceptos –siempre sin abandonar del todo la filosofía alemana– que diesen cuenta de los cambios en los comportamientos humanos, las instituciones y las sociedades (su hallazgo lo denominó “los tipos ideales”). Esto le llevó a una temprana crítica de las tradiciones de la hermenéutica, lo que al cabo ha hecho de su pensamiento un clásico, que, como explica Trujillo en su artículo, permite observar la existencia de “puntos de encuentro entre Max Weber y Gadamer”.

El estudio del profesor Eduardo Fernández García igualmente nos recuerda en uno de sus párrafos que “la hermenéutica también forma parte de las tradiciones metodológicas de la historia de las ideas”. Pero hoy los historiadores tienden a evocar esa disciplina por su carácter de tradición intelectual clásica y/o por constituir una de las raíces de las que acabó brotando el debate sobre la naturaleza y procedencia de los

conceptos de que se sirven los estudios históricos. El artículo del profesor Fernández García gira más bien sobre este último aspecto, entendido como uno de los fundamentos de la llamada interdisciplinariedad.

En los estudios históricos, la interdisciplinariedad o colaboración entre disciplinas, confundida en muchas ocasiones con la idea de “multidisciplinariedad” –o cualidad que “afecta a varias disciplinas” según el Diccionario de la Real Academia Española– siempre ha tenido mucho más de noble propósito que de doctrina científica en el sentido profundo de la palabra. La idea del intercambio entre disciplinas inició su andadura a finales del siglo XIX en Francia, primero en la forma de una “guerra de ciencias” (la Sociología contra la Historia) y, poco después, con el llamado “movimiento de la Synthèse” del filósofo e historiador Henri Berr, quien zanjó aquella disputa, primero con la fundación de una revista (la famosa *Revue de Synthèse Historique*), después con un proyecto internacional de colaboración entre estudios históricos y disciplinas sociales, y finalmente con un centro de estudios de más amplios horizontes que fundó en París pocos años después de la Primera Guerra Mundial, y que sigue existiendo a día de hoy. El término interdisciplinariedad comenzó a extenderse por aquel entonces en la etapa dorada de aquel movimiento, la década de 1920.

El artículo del profesor Fernández García es una minuciosa reflexión sobre las relaciones entre los estudios de historia moderna y de historia de las ideas políticas, dos terrenos que manejan parecidas cronologías y disponen de fuentes comunes; una invitación al estrechamiento de lazos. Su hipótesis: solo una mayor atención a asuntos tales como la aproximación politológica y “el punto de vista jurídico” –en los estudios de historia moderna–, y una visión amplia de lo que se entiende por discurso político o una “perspectiva lingüística” –en el caso de la historia de las ideas políticas– pueden asegurar una interdisciplinariedad provechosa. Entre los temas que aborda el texto destacaremos aquí uno que viene preocupando a la historiografía desde que esta admitió la necesidad del manejo de conceptos o categorías historiográficas, a saber: cómo evitar el riesgo de “actualización” o anacronismo que supone el uso de nociones propias de la época contemporánea, nacidas de las revoluciones del siglo XIX, en el estudio de la política y la tratadística política del Antiguo régimen. Los historiadores de ese siglo no repararon en este problema. La matriz de la Ilustración y de las revoluciones de su época, de las que eran deudores, les impedía hacerlo. Más bien ocurrió lo contrario. Convirtieron ese anacronismo en el punto de partida de la llamada “historia constitucional” –verdadera espina dorsal de las historias nacionales escritas por aquel entonces–, otorgando a esta el objetivo de la búsqueda de antecedentes de los regímenes constitucionales coetáneos hasta llegar a las leyes e instituciones de los antiguos reinos germánicos. El problema del anacronismo ha recibido en el último medio siglo, sin embargo, concluyentes soluciones entre los estudiosos del lenguaje político (por ejemplo, de la teoría del “Sattelzeit” de Reinhart Koselleck).

La sección “Historia y teoría” la cerramos con la estimulante conferencia que impartió en lengua gallega el profesor José Carlos Bermejo Barrera en la apertura del presente curso académico en la Universidad de Santiago de Compostela (España), intitulada “Información, comunicación e historia”. Su reflexión y examen de los modos seculares de representar el pasado hasta llegar a la actual sociedad de la información, y su defensa de las humanidades, nos han decidido a traerla aquí revisada y versionada en lengua española por su autor.

La del profesor Bermejo es una reflexión en clave de historia global. La podríamos alinear con las reflexiones sobre el futuro de la historiografía y la importancia de lo transnacional que vienen sucediéndose en las dos últimas décadas, y a las que nuestra revista ha prestado voz en algunos números. En su texto, Bermejo despliega sus sólidos conocimientos y experiencia como estudioso de la historiografía y la cultura y ofrece un repaso por los “modos de información” y “sistemas de comunicación” y de circulación del saber –y por extensión las representaciones sobre el pasado–, que la humanidad ha desarrollado desde tiempos remotos. Estamos ante un ambicioso objetivo que el autor sabe presentar estableciendo una triple clasificación de sociedades y culturas según hayan sido esos sistemas de información, comunicación y circulación del conocimiento. Primero, las sociedades “tradicionales”, que se han basado en la cultura oral, en el recuerdo y en una escritura restringida a una minoría. A continuación, las sociedades occidentales, quienes han sido capaces de establecer diversas maneras de estudiar el pasado (la historiografía como género literario primero y como disciplina después, y sus corrientes) gracias al desarrollo del saber literario, filosófico y científico, la difusión de la imprenta y la invención del estado-nación. Finalmente, las sociedades actuales basadas en la cultura digital. Sobre esta última el autor no se muestra muy optimista, aunque tampoco catastrofista. El peligro que acarrea –asegura– es que, de un tiempo a esta parte, viene fomentando una serie de “mitos” que lo que hacen es rebajar el conocimiento histórico y las humanidades a una suerte de “presentismo” o presente perpetuo, o incluso condenarlo a la irrelevancia. Estos mitos, a los que las humanidades y las ciencias sociales deberían responder poniendo en valor sus estudios históricos, o propugnando la reforma de sí mismas, son –concluye el autor– estos tres: 1) el supuesto que el mundo digital es el terreno de la libertad –esta idea ha inspirado nuestra reflexión sobre la red, más arriba–; 2) la idea de que el mercado actúa racionalmente; y, finalmente, 3) la creencia de que todo conocimiento ya está contenido en la red. Nosotros, que publicamos con frecuencia artículos sobre la llamada “historia del tiempo presente”, no tenemos mucho que objetar sobre el mencionado riesgo de “presentismo”. Estamos convencidos de que sí existe, de que puede llegar a promover la manipulación del pasado, conducir a la creencia, de todo punto inconsistente, de que el estudio de la “larga duración” no merece la pena, e incluso a la idea, todavía más vacía, de que el único pasado que vale la pena estudiar es el contemporáneo. Pero también es cierto que a la historia del tiempo presente hoy no se le aplican límites cronológicos; incluso hay quien reclama para ella una perspectiva de larga duración y asegura que las representaciones que cada época ha tenido de sí misma también pueden ser objeto de sus estudios.

En el apartado de “Varia historiográfica” ofrecemos estos dos artículos: el primero, del profesor de la Universidad Nacional de Rosario (Argentina), Jorge Sgrazzutti, cuyo título es “Revisando la concepción del socialismo. Una posible lectura sobre la *Alternativa* de Rudolf Bahro”; y el segundo, “Al-Andalus en los precursores decimonónicos del andalucismo”, que pertenece a David Vélez Peña, de la Universidad de Huelva (España).

El estudio del profesor Sgrazzutti, especialista en la historia de la Europa del Este en la época soviética, se adentra en un asunto poco atendido por la historia del tiempo presente. Este asunto es el pensamiento de ciertos autores marxistas heterodoxos de aquellos países, quienes, de modo más o menos clandestino durante las décadas de 1970

y 1980, se esforzaron en revisar el marxismo para alejarlo de las doctrinas oficiales y ejercieron de críticos de estas. Este es el caso del intelectual germano-oriental Rudolf Bahro. En lo que este fenómeno tiene de intento de adaptación de la teoría marxista a los nuevos tiempos, se pueden establecer cierto paralelismo y vasos comunicantes con el marxismo occidental; lo que ocurre es que del declive de este último a finales de la década de 1970 surgió un “neo-marxismo” que ha sido el resultado de la influencia de tendencias políticas e intelectuales tan variopintas como el posmodernismo, el ecologismo y las teorías del género y de las identidades culturales. En el caso de los autores de la Europa oriental, de todas sus reflexiones *La Alternativa* de Rudolf Bahro (publicada en 1977 en la República Federal Alemana, pero resultado de un largo proceso de elaboración en la Alemania comunista) se puede considerar probablemente la más importante de todas. El artículo de Sgrazzutti presenta un detallado análisis de esta obra que concluye con una aproximación al impacto que tuvo en el mundo hispanohablante.

El artículo de David Vélez Peña, último de esta entrega, nos lleva al problema del relato político de las identidades nacionales. Este asunto lo ha atendido *Historiografías* en varias ocasiones, sobre todo con estudios sobre historiadores del siglo XIX y sus escritos. En ese siglo, la cultura histórica y la historiografía estuvieron estrechamente unidas a la constitución y a las reclamaciones políticas de las más importantes nacionalidades de Europa occidental, central y el continente americano. De ahí surgieron una serie de clichés que todavía hoy los estudios históricos se esfuerzan en desmontar. Pero, ¿se pueden hallar manifestaciones culturales y antecedentes decimonónicos de otros nacionalismos que han florecido en el siglo XX? Este es el caso del llamado “andalucismo” o identidad política de las provincias andaluzas en España, de que se ocupa el autor. Fundado como tal en las primeras décadas del XX de la mano del jurista, escritor y político, Blas Infante Pérez de Vargas, el siglo XIX contempló la aparición de una serie de predecesores asociados a corrientes críticas con la cultura y la política de los períodos isabelino y de la Restauración (el krausismo y los republicanismos, sobre todo). Como observa el autor, estos intelectuales se ocuparon de la identidad andaluza desarrollando, en combinación con ciertos aspectos del nacionalismo liberal español, relatos sobre ella en sus estudios de historia, etnología, arte y arqueología. Este “proto-andalucismo”, según le llaman algunos estudiosos, alumbró tópicos tales como el de la existencia de un prototipo humano del “andaluz” y –este de más dilatada fortuna– la consideración del al-Andalus medieval como una sociedad en la que rigió siempre la tolerancia religiosa. El repaso que expone David Vélez Peña a buen seguro interesará a los estudiosos de la historiografía y de las identidades nacionales.

Gonzalo Pasamar